

DISCURSO DEL RECTOR

Acto Académico Jubilar 2007

INTRODUCCIÓN

Significado de los 90 años de la PUCP

Llegar a las nueve décadas de existencia constituye, sin lugar a dudas, motivo de legítimo orgullo y regocijo. Y, simultáneamente, es ocasión propicia para examinar el camino que hemos transitado como institución. Esta celebración no obedece al mero registro de la acumulación de años en nuestra historia, sino a la convicción de que cada uno de esos años brinda testimonio de nuestra vigencia y relevancia en la vida social del Perú. La Pontificia Universidad Católica del Perú ha contribuido decisivamente a la producción del conocimiento científico y humanístico, al cultivo de las artes y a la defensa de los principios éticos que cimentan la cultura democrática en el país.

Nuestra Casa de Estudios nació como un ambicioso proyecto alimentado por la fe, la ilusión y el empeño del Padre Jorge Dintilhac, secundado por cinco profesionales laicos - Carlos Arenas Loayza, Víctor González Olaechea, Raymundo Morales de la Torre, Guillermo Basombrío y Jorge Velaochaga - . Nuestros fundadores abrigaron la idea de crear una Universidad Católica que ofreciera al país un espacio académico riguroso para el diálogo entre la razón, la revelación y el compromiso con la sociedad. Nuestra Casa empezó con apenas 6 alumnos; hoy alberga a más de 18,000. Si la Universidad ha seguido este exitoso trayecto, ello se debe, como lo ha señalado a través de su intervención el Doctor Marcial Rubio, a que los miembros de nuestra comunidad universitaria -quienes nos precedieron y ahora todos nosotros- hemos sabido preservar el espíritu inicial que animó al Padre Dintilhac y a sus colaboradores. Es precisamente la vigencia de ese espíritu originario lo que explica que la Universidad haya alcanzado nueve décadas de existencia en una situación de fortaleza institucional, que se traduce en que ella sea considerada hoy una de las instituciones más influyentes y confiables del país.

Trabajo consensuado: hacer de la diversidad una fuente de riqueza

Un colectivo tan grande está, desde luego, integrado por personas de muy diversos credos y modos de comprender el mundo, a quienes la universidad acoge con respeto y afecto fraterno. La Universidad Católica quiso ser desde sus inicios un recinto plural de reflexión y producción libre del saber abierto a todas las voces y puntos de vista que buscan la verdad. Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que uno de nuestros mayores logros es haber aprendido a hacer de la diversidad una fuente de riqueza y de realización humana. Ello ha sido posible porque, desde hace nueve décadas, compartimos los mismos ideales de apertura y rigor, porque coincidimos en la búsqueda de la excelencia académica y defendemos un modelo de formación integral. Soy testigo de ello: ingresé a estudiar a la Universidad en 1957 y nunca me alejé de ella, por lo que la he acompañado a lo largo de medio siglo de existencia; ahora me complace celebrar con ustedes sus 90 años. Puedo afirmar que el espacio para la discrepancia, la posibilidad de

disentir, es algo que se ha respetado siempre en nuestra Casa, con la convicción de que, en lugar de debilitarla, la nutre y fortalece: fomentar el diálogo interno, escuchar las diferentes voces, nos permite realizar el trabajo consensuado que siempre ha caracterizado nuestro quehacer institucional.

ALAS Y RAÍCES DE LA UNIVERSIDAD

La situación actual de la institución universitaria en el Perú refleja una fecunda tensión entre el pasado que la hace ser y el futuro que la convoca presuroso. “**Alas y raíces**” es la feliz metáfora de Octavio Paz con la que el profesor Miguel Giusti titula uno de sus libros, bien refleja esta tensión. Las alas representan las pretensiones de libertad y universalidad de una comunidad genuinamente universitaria; las raíces encarnan la pertenencia a una tradición, al núcleo de la identidad particular de nuestras culturas.

La tensión entre las alas y las raíces resulta reveladora para pensar la situación que atraviesan las universidades del país. Las raíces de la universidad están encarnadas en su historia: la sólida tradición que le confiere carácter. En el Perú, se trata de una institución que, desde hace casi cinco siglos, se encuentra abocada a formar ciudadanos capaces de pensar en alternativas que permitan enfrentar los problemas más acuciantes del país, así como intelectuales y hombres de ciencia que aporten a su desarrollo. Nosotros a ello, agregamos la formación en la doctrina y en la moral cristianas. Nuestra doble herencia, la de las antiguas tradiciones andinas y la del legado hispano – y su todavía difícil articulación –, constituye el horizonte de nuestra reflexión como peruanos.

En ese horizonte, las universidades del país enfrentan hoy los nuevos retos. Las instituciones peruanas de educación superior procuran estar a la altura de las transformaciones e innovaciones propias del mundo globalizado. Pero atraviesan, asimismo, una coyuntura muy peculiar, en la que destacan dos fenómenos concurrentes: por un lado, la democratización del acceso a la educación superior –fenómeno evidente por la masificación de la matrícula– y, por otro lado, la disminución acusada de la calidad de la formación.

En este contexto, el gran desafío para nuestra Universidad es mantener la excelencia académica y hacer posible el acceso a todos los jóvenes talentosos del país sin importar su situación socioeconómica. La masificación se convertiría en un problema sólo si no aprendemos a hacerle frente, inspirados en la exigencia cristiana de apertura e inclusión que nos plantea la nueva organización global. Es preciso, pues, que sepamos conjugar inclusión y alto nivel académico para honrar el espíritu católico que nuestros fundadores imprimieron en nuestra Casa de Estudios.

Es imperativo tener presente que nuestra Casa fue fundada como institución católica y ha sabido conservar y acrecentar ese espíritu por nueve décadas. Hoy renovamos los votos de seguir en el mismo camino. Creemos que el compromiso con la Verdad a la que Jesucristo nos llama se debe afirmar, dentro de nuestras raíces católicas, como vocación de servicio por el saber, orientado al bien común, pero con

sentido de justicia a favor de los más necesitados, que en nuestro país son la gran mayoría. El mensaje de los Papas lo ha llamado una “opción preferente por los pobres”.

Antes de volar, la Universidad debe preguntarse por la envergadura y fortaleza de sus alas. La libertad se plantea siempre en contextos determinados que le dan un sentido: el ejercicio de la libertad supone un aquí y un ahora. Vivimos en una época de aceleradas transformaciones y de aparente unificación planetaria. Aunque la globalización alberga interesantes posibilidades de desarrollo y bienestar para todos los pueblos del mundo, el escenario que nos plantea es aún inexplorado y por ello los impactos sociales que ella pudiera traer resultan muy difíciles de predecir. Ciertamente, la institución universitaria no puede permanecer indiferente a las exigencias del nuevo entorno, que se avizora muy complejo. Una de esas claras exigencias es la internacionalización de la educación superior, consecuencia de la globalización.

Estamos convencidos de que debemos abrir nuestras puertas al mundo, pero pensamos que debemos hacerlo sin perder los elementos propios de nuestra identidad institucional. Nos insertamos en el nuevo escenario procurando que las novedades que la globalización nos ofrece sirvan a los fines sustantivos que están en el corazón de la promesa moderna, como son la igualdad, el bienestar compartido y la libertad. Como Rector, soy responsable de que nuestra Universidad aproveche las múltiples oportunidades que le ofrece este nuevo escenario. Somos muy conscientes, por nuestra naturaleza católica, que la libertad, como el conocimiento, tienen una raíz moral a la que siempre se debe atender. Y nuestra comunidad universitaria tiene claro que lo importante no es quiénes dirijan momentáneamente esos esfuerzos, ni los tropiezos que surjan en ese intento. Lo realmente importante es que todos, dentro de nuestra pluralidad, coincidimos unánimemente por la defensa de nuestra autonomía, tanto en lo académico cuanto en el régimen de gobierno; así, profesores, alumnos y trabajadores bregamos juntos para hacer que nuestra Universidad entable un diálogo fructífero entre la realidad local y la nueva realidad universal, de forma que contribuya - con los medios a su alcance- a la superación de los desafíos que plantea el crecimiento material y espiritual del Perú.

Otra de las exigencias más imperiosas de las universidades es la de tender lazos a la sociedad que las acoge: proyectar su quehacer a la sociedad y atender sus necesidades. Como organización católica integrante de la sociedad civil, nuestra Universidad se aboca a la defensa de los derechos básicos de las personas y a la promoción de la ciudadanía. Orienta, asimismo, su proyección hacia la sociedad desarrollando actividades bajo el enfoque de la responsabilidad social universitaria, propuesta inspirada en la Doctrina Social de la Iglesia, que enseñamos en el aula y en la vida cotidiana.

Quienes hoy tienden a ver en la educación superior exclusivamente la oportunidad de hacer negocio no pueden vislumbrar el inestimable compromiso que una universidad contrae con la comunidad. La universidad peruana ha sido una institución que ha promovido el cambio social en el país haciendo oír su voz en los momentos más difíciles. Es en este sentido que el Padre Mac Gregor, forjador de la modernización de nuestra universidad e impulsor de este campus, definía la Universidad como una sociedad

profética: un espacio académico que anticipa y discute las formas futuras de saber, y que examina críticamente las instituciones de la sociedad para mejorarlas. Concebir la Universidad como una mera empresa implica pasar por alto su misión pedagógica en la vida pública nacional.

Tal vez el rasgo más revelador de nuestra Universidad sea la combinación de madurez y lozanía que la caracteriza. Madurez, que le proporciona la experiencia y el atesoramiento de lo que llamamos tradición; en ese sentido, la referencia a nuestras raíces es permanente fuente de vitalidad y responsabilidad para quienes formamos parte de la Universidad. Lozanía, que es la constante vivacidad que hace posible que comprendamos y enfrentemos al mundo con una mirada siempre nueva: la mirada que aporta el trabajo del pensamiento y el don de la fe. Cumplidos estos noventa años de vida, podemos volver sobre nuestros pasos y comprobar que esa experiencia acumulada y esta capacidad de estar abiertos a lo nuevo han marcado nuestra existencia como institución al servicio del país. Por eso, somos fieles a nuestros orígenes pero cultivamos el pluralismo y la reflexión libre por vocación.

Este es el especial carisma de nuestra Universidad, que halla su fuerza en aquella frase del Evangelio de Juan que constituye su lema. Con la convicción de que “La luz brillará en las tinieblas” (Juan 1, 5), comprometámonos a enfrentar con serenidad las dificultades pasajeras y a perfeccionar este valioso legado para transmitirlo a las próximas generaciones de profesores y estudiantes de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Es mi convicción que nuestras profundas raíces nos han dado poderosas alas para surcar los complejos desafíos académicos y sociales que nos propone el siglo XXI
Muchas gracias.

LUIS GUZMÁN BARRÓN SOBREVILLA

RECTOR

19/10/2007